

GALO RENE PEREZ

IMAGENES DE BARCELONA

Calle del Conde de Asaito. Hotel Ibérica del Padre. Los que han estado en Barcelona saben que no son aquellos los lugares mejor escogidos para alojarse, ni aun con el ánimo de transeuntes. Porque tienen la frecuentación de gentes de vida tormentosa, cuyo desaliento moral es oriundo de la taberna y del café que ofrece su hospitalidad a todo comercio clandestino. Si yo tomé una habitación en el Ibérica del Padre, ello se debió a circunstancias más bien fortuitas. Mediaba la noche a la hora en que la nave cortaba las últimas olas del Mediterráneo, bajo la luz conductora que proyectaban los faros del puerto catalán. Ese era mi primer contacto con Europa. La estación marítima bullía de almas ansiosas, entre las cuales ninguna me era conocida, ninguna había ido por mí. La melancolía del extranjero se me agravaba de pronto, con esta primera impresión en que yo echaba de menos la mano amiga, el abrazo fraternal, la voz que aguarda para saludarnos conmovida.

En las mesas de la aduana, la acostumbrada e inmisericorde fiscalía de los agentes trastornó las entrañas de mi magro equipaje. Un revuelo de empleados de hoteles me rondaba. Hasta que, víctima del azar y de la desorientación, me conté entre una gavilla heteróclita de viajeros que se desparramaba entre los numerosos aposentos del modesto hotel de la calle del Conde de Asalto. Pocos minutos demandó mi instalación. Y ni las fatigas del itinerario, con más de veinte días de navegación desde que levé anclas en una isleta del Pacífico, fueron obstáculo para que yo cediera inmediatamente al hechizo de la ciudad, que parecía que desde afuera me enviaba sus vehementes reclamos. Comen-

zaba apenas la amanecida del 24 de setiembre, fecha que figura entre los fastos de Barcelona, y las multitudes poblaban casi todas sus calles centrales. Sonaban en las esquinas los jubilosos acordes de los grupos musicales. Y en medio de la vía, entre animadas interjecciones y el golpe de las palmas, iba cobrando plasticidad el baile colectivo. Celebraban de ese modo los barceloneses la fiesta de su patrona, la Virgen Mercedaria. En las mañanas siguientes ya observaría yo cómo se improvisaban allí, en el parque y en la plaza pública, a ojos vistas de todos y sin que se invoque razón ninguna, los alegres compases de la sardana. Efectivamente, donde le ocurre a un grupo de músicos hacer oír los sones de esa típica danza catalana, ahí se congregan los pasantes a bailar en una sola rueda, que va creciendo a medida que se eslabonan nuevas manos, sin que nada importen la edad, el sexo ni la condición social. Pero lo común es que se dance la sardana con sandalias y trajes altos. Entonces esa dulce y leve rotación parece el juego aéreo de la espuma sobre las ondas. Es como la exhalación del mar azul en la transparencia y luminosidad del aire de Barcelona.

En aquella noche de mi arribo, barajando imprevistas sensaciones y tras deleitarme con la contemplación de la plaza febril de Cataluña y de sus ramblas floridas, me deslicé hacia el casco antiguo de la ciudad. Me perdí entre callejas que eran como la complicada rúbrica de otro tiempo. Dí con el viejo Ayuntamiento y luego con la Catedral. Parecía ésta vibrar con toda su fachada revestida de luz. Arrastré mi sombra diminuta y anónima por las naves de esa fábrica colossal de la Edad Media. Eché de nuevo a andar por el dédalo urbano del contorno. Pugnaba por orientarme. La soledad volvía solemnes mis pasos. Pero de pronto su eco fue turbado por el golpe rítmico de un bastón en la calzada. Las condiciones arquitectónicas de ese lugar, en donde las calles reptan y se sofocan entre muros descomunales, camunican resonancia al más débil rumor. El bastón que avanzaba hacia mí, iluminado apenas por un farol igualmente abnegado, era el del sereno, guardián nocturno de la ciudad. Un saludo y una admonición oportuna me pusieron en camino más seguro hacia el hotel.

Las impresiones del día siguiente, y de los pocos en que demoré en el gran puerto español, afirmaron mejor mi disposición admirativa. Divagué por las Ramblas. El ambiente me saturaba de optimismo. Advertía por todas partes un

espíritu de serenidad y de consagración al trabajo. Este era en efecto el "aire claro" que percibió Cervantes hace cuatrocientos años. Este el aliento de esplendor y modernidad que alabó Sarmiento después de haber denostado al resto de España. Estos los rasgos que se fijaron en las páginas de Azorín y de Rodó. Pasaba yo entre floristas que eran como una pincelada de vivo color junto a la multitud. Iba por avenidas espaciosas, rondando altos edificios en donde se conjuntan el alarde de belleza y el vigor. Contemplaba el comercio activo, las fábricas resplandeciendo sin tregua, el paso confiado de centenares de almas. En más de una ocasión bajé al subsuelo de los cafés de la bohemia, y ahí gusté del cancionero, que aún hoy me agita el corazón, de algunas de las regiones de España.

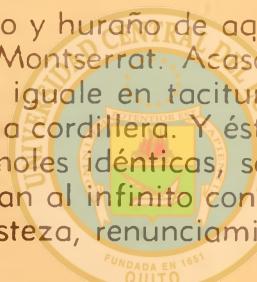
Otra de las emociones que se me aposentaron en la memoria fue la de mi visita a Montjuich. Subí por aquellos declives de tierra encepada, de flores, de mármoles y de fuentes, y en compañía de varios intelectuales de la ciudad me acodé en un barandal de la cima, desde donde columbraba la inmensidad azul del Mediterráneo. No hay mar que se le parezca en serenidad ni en transparencia. Sus ondas tienen un encanto de leyenda y de historia. En ellas se reflejó la gloria de algunos pueblos ^{indias} inmortales, y la propia capital barcelonesa no vio declinar su atracción omnívora sirio cuando la civilización europea fue rumbeando por las olvidadas aguas del Atlántico. Frente a la perspectiva del mar cercano veía la estatua de Colón, que ceñalaba el horizonte por donde sus carabelas se abrieron paso hacia lo desconocido, para redondear el mundo y completar la idea del hombre. El gran Almirante no largó velas precisamente allí, pero a sus costas volvió tras el primer viaje, pues que en Barcelona informó sobre éste a sus patrocinadores los Reyes Católicos. Yo me dejaba llevar por las remembranzas históricas mientras en el grupo en que me confundía se alzaba una voz que declamaba, en lengua catalana, los versos de "La Atlántida", de Verdaguer. El aire parecía que alejaba y prestaba cierta magia a esa expresión de "¡Vuela Colón!", con que el poeta hace que el Mediterráneo incite al viaje al aventurero genovés... ¡Vuela Colón!: "¡Vuela Colón!... Ahora yo puedo morir".

Desde aquella colina divisaba también el Tibidabo, otro mirador de la ciudad cuya altura permite ver, cuando se ha ganado la cima y el día es límpido, una veintena de

pueblos derramados en la dilatada pradería de la región. Más allá se me dibujaban las sierras mayores, porque Barcelona es un puerto que recoge la gracia de las espumas marinas y la firmeza del circuito montañoso.

Pero ninguna de sus elevaciones me impresionaba tan radicalmente como las de Montserrat. Hacia ellas fui una mañana, con un crecido grupo de viajeros. Cerca de llegar, en la solitaria, fría, brumosa extensión de una agria paramera, se detuvo nuestro carro. El conductor no hacía sino respetar una costumbre establecida. Porque de un recodo desamparado del camino acertaba a salir con absoluta regularidad un perro diminuto, que vestía capote azul y gorra militar, y que pedía limosna para su dueño. Conmovía el esfuerzo del pobre animal por erguirse solo frente a los viandantes.

En lo más alto y hurano de aquel paisaje está clavado el monasterio de Montserrat. Acaso no haya en el mundo ninguno que se le iguale en taciturnidad y aislamiento. Es como un trozo de la cordillera. Y ésta a su vez, formada por una sucesión de moles idénticas, semeja una procesión de monjes que avanzan al infinito con su capucha de bruma y de viento, o de tristeza, renunciamiento y olvido.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL